

siempre creciente de Jesucristo : esta es la pasión de mi corazón, este es el ensueño de mi vida, esta es la divisa de este apostolado : «Crecamos de todas maneras en el Cristo nuestro jefe : *Crescamus in illo per omnia, qui est caput Christus.* »

Roma, 3 de Diciembre de 1857, fiesta de san Francisco Javier.

CONFERENCIA PRIMERA.

DISCURSO PRELIMINAR.

LA CUESTION DEL PROGRESO.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR !.

Cuando ciertas palabras, que resumen en sí las tendencias generales y las aspiraciones profundas de un siglo, llegan á hacer gran ruido en las sociedades, y crearse un imperio universal sobre las almas; es tal su poder, que traen consigo prosperidades ó desastres, segun sean interpretadas por la verdad ó el error, y expresen el sentido de Dios ó el sentido del hombre. Las naciones están en expectacion, cuando oyen pasar esas voces que conmueven á las nuevas generaciones, causándoles estremecimientos desconocidos; y esperan ó tiemblan, aguardan la vida ó la muerte, segun el sentido que se dé á aquellas palabras, que parece llevan consigo el destino del mundo.

En tales ocasiones, el apostolado católico, que se conmueve siempre al ver las necesidades y los peligros de esta humanidad que tiene el encargo de salvar, se preocupa tambien él al oír semejantes palabras, que se han hecho, para los pueblos que las escuchan, señales de esperanza ó amenazas de ruina. Mostrando á las generaciones presentes la parte de su doctrina que corresponde al momento en que Dios le envía, dice el sentido divino de aquellas palabras que tienen en agitacion á los hombres, para hacer salir de ellas, con el oráculo de la verdad, la salud de la sociedad entera; y la humanidad, libre otra vez de los peligros con que la amenazaban rumores llenos de tempestades, aplaude á esta voz libertadora que con el poder de su doctrina la está sal-

1. Monseñor Sibour, arzobispo de Paris.

vando, hará luego dos mil años, del tremendo imperio de las palabras.

Ahora bien : entre esas palabras famosas, que adquieren en la humanidad un ascendiente eficaz, y le prometen prosperidades ó ruinas, hay una que ha obtenido entre nosotros un prestigio mas notable y un imperio mas absoluto que todas las otras : palabra célebre cual jamas la hubo, que repiten en nuestros dias todas las voces de la humanidad y todos los ecos del mundo. Esta palabra ya la habeis pronunciado vosotros : ¡ *El Progreso!*... El Progreso, hé aquí lo que se lleva hoy en dia, no solo las simpatías, sino tambien los homenajes y las adoraciones de los pueblos. El Progreso se ha hecho sobre nuestras almas una especie de omnipotencia, que con el tiempo puede ser para nosotros el principio de las mas grandes cosas, ó la causa de los mayores desastres.

Y ved por qué, Señores, atento yo al ruido del siglo y á la necesidad de las almas, y buscando al pié de la cruz el camino de mi apostolado, de lo íntimo de mi soledad he acogido como una vocacion de Dios el pensamiento de explicaros el sentido cristiano de esta palabra que llena lo presente y profetiza lo futuro.

¡Habrà por ventura alguno, que se admire al oír pronunciar esta palabra en este púlpito? Si así fuera, sería lo mismo que admirarse al oír el eco que repite la voz. Esta palabra, de la cual los hombres se han hecho una bandera contra el cristianismo, es una palabra eminentemente cristiana; y cuando el predicador la repite delante de vosotros, no es mas que el eco de la voz que os grita : « Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto. » *Estote perfecti, sicut et Pater vester celestis perfectus est*¹.

Tal vez buscaríais en vano, en nuestros célebres maestros de elocuencia sagrada, discursos que lleven este título : *El Progreso*. Esto no me causa ninguna inquietud. Si nuestros célebres maestros vivieran aun, serían siempre nuestros maestros, y serían siempre célebres; pero lo serían de otro modo. Viviendo en nuestra atmósfera, y respirando el aire que nosotros respiramos; lo mismo que nosotros, pero mejor que nosotros, pondrían en su palabra con el soplo de su alma un soplo de su siglo : y al paso que permanecerían en la inalterable identidad de la doctrina y de la moral cristiana, procurarían hacer su

1. Math., v, 48.

palabra eficaz, dándole, junto con el poder de la verdad, este otro poder que los pueblos llaman muy bien la *actualidad*.

En efecto : hay en la predicacion dos cosas poderosas y eficaces entre todas las demas, á saber, la verdad y la actualidad; el sentido de lo que es permanente, y el conocimiento de la presente situacion. Así es como la predicacion cristiana, lo mismo que el cristianismo, es siempre antigua y siempre nueva; con una doctrina inmutable como el pensamiento divino, tiene acentos que varían como las necesidades humanas. Por una parte corresponde á la inmutabilidad de lo que es eterno, y por otra á la variabilidad de lo que es temporal; por la una, tiene una fisonomía que no cambia, y es la que tiene relacion con Dios, el dogma y la naturaleza; por la otra, una fisonomía que cambia, es decir, la que se refiere al hombre, al siglo y sus necesidades. Esto es lo que han hecho en todos tiempos nuestros padres con respecto á la doctrina, y nuestros maestros con respecto á la palabra.

Por lo tanto, Señores, aunque pronuncie yo delante de vosotros palabras que no se oyeron sino muy rara vez en sus discursos, no por esto mi predicacion rompe, sino que continúa la cadena augusta de sus propias tradiciones. Hoy, como siempre, ella corresponde al tiempo y á la eternidad, á los hombres y á Dios, al siglo y á la naturaleza.

Bien convencido de esta verdad, fortalecido con el socorro de Dios, y confiando en vuestro apoyo fraternal, voy á haceros ver *en Jesucristo y en su doctrina la divina solucion del progreso humano*.

Y supuesto que nada dispone mejor para entender un asunto cualquiera, que comprender bien toda su gravedad, comienzo por establecer sobre la naturaleza del hombre y las necesidades del siglo la importancia de dar una solucion á la cuestion del Progreso. Tal es el objeto especial de este primer discurso, que espero tomaréis, mas bien como el preliminar, que como el tratado mismo del asunto.

Feliz mil veces yo si logro conducirlos en gran número á los piés de este Dios á quien amo y á quien adoro, haciéndoos oír esta palabra que os aparecerá como un grito de su alma y un eco de vuestra propia voz : « Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto. » Sed por Jesucristo y con Jesucristo los hombres del verdadero progreso.

Ilustrísimo Señor, al comenzar esta predicacion traigo con placer á mi mente un recuerdo que me consuela y me da un aliento que en mí no hallaría. Cuando yo presenté á la benévola aprobacion de V. S. I. la primera idea de este asunto, y expuse mis temores legítimos de no corresponder á la dignidad de la materia, atendida la mediocridad de mi talento, V. S. I., extendiendo sobre mí su mano paternal, me dijo: « Vaya V. y no tema: yo le bendigo, no solo á V., sino tambien á su asunto. » Desde aquel momento conocí que Dios me daba para este apostolado una vocacion y una fuerza, en que yo no tenia parte alguna. Esta impresion la he sentido otra vez, aun mas profunda, con la bendicion que V. S. I. acaba de darme. Quiera el cielo que yo me muestre digno de una mision y de una fuerza que me vienen de Dios y de V. S. I.

I.

El mas simple conocimiento que se tenga del hombre y de las cosas, basta para demostrar desde luego de una manera general la importancia suma de que se dé una verdadera solucion á los problemas que suscita en la humanidad esta palabra llena de enigmas, *el Progreso*.

Aquello que mas necesita ser iluminado por una luz divina, y ser dirigido por una regla infalible, es lo que á un mismo tiempo es en la vida humana lo mas legítimo, mas eficaz y mas halagüeño; y lo que lleva en sí la tendencia mas generosa, el poder mas fecundo, la fascinacion mas peligrosa.

Tal es, mas que cualquier otra cosa, lo que designamos con la palabra que va á resonar en esta predicacion.

¿Qué cosa es Progreso? Traducida del latin *progredi, progressus*, esta palabra progreso significa radicalmente una marcha hácia adelante. Considerado en su nocion mas universal y en su idea mas elementar, el progreso designa un acrecentamiento. El progreso es el movimiento hácia lo mejor; es el paso de lo que es ménos perfecto á lo que es mas perfecto, de lo que es mas pequeño á lo que es mas grande; es á la vez una expansion, una elevacion y un perfeccionamiento; es, en una palabra, un *engrandecimiento del sér*.

Aplicado á la vida, el Progreso expresa aquel movimiento nativo, por el cual el sér viviente tiende á elevarse, á extenderse y á completarse; es la vida que sube, que se dilata, que empuja de adentro hácia afuera, para ocupar la esfera que Dios le abre en el espacio y en la duracion.

Considerado en la criatura dotada de inteligencia y de libertad, el Progreso es, ademas de todo lo que acabamos de decir, una marcha libre hácia su fin, y un vuelo inteligente hácia su ideal; movimiento de abajo arriba, que la hace subir por grados hácia el objeto que ella contempla, que ama, y que se esfuerza á conseguir.

Estas nociones muy generales son bastantes para la inteligencia de este discurso preliminar, y para el objeto que me propongo inmediatamente: mas tarde os daré nociones mas precisas.

Así concebido el Progreso, se nos presenta desde luego como lo que hay mas *legítimo*, por que va anexo á lo que hay mas profundo en los seres vivientes.

Toda vida creada consiste en el movimiento, y su primera necesidad es elevarse y extenderse, para imitar tanto como pueda á su tipo eterno, y marchar por un crecimiento progresivo hasta los límites á que Dios le permite llegar en la plenitud de su desarrollo. Pero esta necesidad de elevacion, de extension y de adelantamiento, que es la ambicion natural de toda vida creada, es de un modo particular la ambicion de ese sér inteligente que se llama *hombre*. Creado perfectible, y con los ojos y el corazon abiertos sobre lo infinito, desde el seno de su miseria se siente el hombre capaz de una perfeccion que él imagina, que espera y que no posee. En los umbrales de su existencia, desde la aurora de su razon, entrevé en el fondo de una perspectiva lejana la imágen de una perfeccion que se decubre á él para atraerle. Esa perfeccion, cuya revelacion íntima conserva en el santuario de su alma, es para él como un impulso que le incita á subir en cualquier órden de cosas hácia todo lo que hay de mas elevado, mas bello, mas perfecto y mas parecido á Dios: porque ese impulso no es otra cosa que el movimiento de la vida que busca su ideal y se esfuerza á imitarle; la grandeza que le atrae, es una de las faces de Dios que relumbra en su alma; y el movimiento que de ella recibe, una impresion de lo infinito que le ha tocado. Y en efecto, Dios ha tocado el fondo

del alma humana, y ha echado en ella con su propio reflejo un embeleso suyo; y el hombre, conmovido de aquel reflejo y del embeleso de Dios, busca por todas partes y en todas las cosas aquel infinito, del cual lleva en sí mismo el sentido inalterable y la seducción invencible. Él lo llama con todas sus potencias, va en pos de él con todos sus movimientos; y hasta en sus descarríos mas extravagantes y sus degradaciones mas profundas no hace mas que pensar y buscar todavía ese infinito, tras el cual va siempre, aun cuando se aleja de él.

Hé aquí el hombre esencialmente perfectible, arrastrado por todo su sér á la persecucion de lo infinito, y sin poder abdicar, á ménos de abdicarse á sí mismo, la ambicion de ser perfecto; siendo en realidad tanto mas hombre y tanto mas digno de sí mismo, cuanto mas inclinado se siente hácia su perfeccion por el movimiento de su propia vida. Sí, hé aquí el hombre; y cada uno de vosotros, al ver pasar en esta palabra una imágen de sí mismo, puede decir: « Yo soy ese hombre: yo soy un sér perfectible, yo quiero buscar mi ideal; yo soy hombre, y tengo la ambicion de imitar á Dios; yo me siento imperfecto, y quiero hallar mi perfeccion. A la manera que mi pecho aspira el aire que le hace vivir respirando su propio aliento, así tambien mi alma respira y aspira: ella respira su miseria, y aspira su perfeccion; respira lo humano, y aspira lo divino. Pequeño, estrecho, miserable, éualquiera diria que tengo necesidad de extenderme y de subir á lo infinito. Cautivo del tiempo, prisionero de la extension, yo clamo con todas mis fuerzas por lo inmenso y lo eterno. ¡ Ah! ¡ dejadme pasar, no me detengais: yo no vivo bastante, yo quiero vivir mas, y empujar hácia ese infinito, que me está llamando, la doble dilatacion de una vida, que no puede sufrir ni los límites del espacio ni los límites del tiempo!

Tal me siento yo, tales nos sentimos todos segun la grandeza de alma y la anchura de corazon que Dios nos ha dado.

Ahora bien, yo digo que ese afan en ir tras el infinito, que no es otra cosa que ir en busca del progreso, es lo mas legítimo que hay en la vida humana; es la pasion de los magnánimos, es la ambicion de los generosos, y la mas noble vocacion del hombre; es el hombre mismo que sigue el mas divino impulso, marchando bajo la atraccion de Dios á su mas glorioso destino. Nó, nó: esa necesidad de lo que es

mas perfecto, esa ambicion de lo que hay mejor, no es en el hombre un juego estéril de la Providencia; es el indicio de la vocacion que ella misma le ha dado abriendo delante de él las perspectivas de lo infinito: vocacion verdaderamente regia, por la cual Dios llama al hombre á hacerse grande de todas maneras, y servirse de todas las criaturas como de escalones ascendentes para subir hasta él. Por lo tanto, detener al hombre en su marcha, excitarle á que permanezca inmóvil, diciéndole: « Tú no irás mas léjos, » es violar su ley y faltar á su destino; es un atentado contra el hombre y una desobediencia á Dios.

Pero notadlo bien: cuanto mas legítimo es ese movimiento que arrastra al hombre hácia el Progreso, tanto mas importa darle una direccion segura. Cuanto mas santa es esa tendencia, tanto mas necesaria le es, para marchar dentro de su camino, una luz y una regla divina. Los movimientos mas legítimos son los mas fecundos en desastres cuando yerran el camino. Las ideas radicalmente falsas y las tendencias naturalmente perversas producen lo que deben producir, esto es, el desastre, desastre proporcionado al error y á la perversidad que ellas encierran. Pero las ideas verdaderas y las tendencias santas, cuando llegan á descarriarse, son dos veces desastrosas: porque haciéndose en la vida humana una doble fuerza y un doble punto de apoyo, conspiran contra el hombre con todas las potencias que en el hombre existen. Así es que la Religion, que es lo mas divino que hay en el hombre, cuando se deja arrastrar por el huracan de los errores ó de las pasiones humanas, engendra fanatismos atroces y supersticiones abominables; y con su perversion llega á ser lo peor que hay en la humanidad, precisamente por el motivo de que ella es en sí misma lo mejor que existe. Llena está la historia de los crímenes y desgracias causadas por las tendencias mas santas que las pasiones descarriaron de su propio objeto: y la fortuna de los reformadores ambiciosos de todos los tiempos, provino de que supieron volver al provecho de su egoismo y al triunfo de sus pasiones, los movimientos generosos que hallaron en el corazon de los pueblos.

Y ved por qué el apostolado católico jamas cumple mejor su mision providencial, que cuando responde con su palabra á esas aspiraciones de la humanidad, para mostrarles en el seno del cristianismo todo lo que ellas buscan de verdadero, legítimo y santo. Bajo este supuesto, la

aspiracion hácia el progreso necesita, mas que todas las otras, la direccion de su palabra infalible : porque, si bien es verdad que no hay en la humanidad movimiento mas legítimo, lo es tambien que no lo hay tampoco mas *poderoso*; y que mas que todos los otros puede ser fecundo en creaciones ó fecundo en ruinas.

Como acabamos de ver, ese sér que clama por lo perfecto y va tras lo infinito, sois vosotros, soy yo, es la humanidad misma. De todos esos movimientos que agitan el corazon de cada uno en particular y el corazon de todos en general, de todas esas aspiraciones que tienen inquietas el alma de cada uno y el alma de todos, se hace como un solo movimiento y una sola aspiracion, la universal aspiracion del Progreso, el universal movimiento que arrastra la humanidad, como si fuera un solo hombre, á marchar en busca de su destino. Y á esto lo llamo yo el mas grande poder que existe en la humanidad.

¿Y porqué? En primer lugar, porque ese movimiento hácia el Progreso es el vuelo de las almas hácia el ideal, es decir, lo mas enérgico y mas fecundo que hay en el hombre. ¿Y qué es el ideal? El ideal, como lo indica su nombre, es aquella perfeccion, cuya idea ó representacion inteligible lleva el hombre grabada en el fondo de su alma; es aquella faz de lo infinito, de la que conserva él la imágen; es un no sé qué, mas bello, mas grande, mas perfecto que todo lo que él puede realizar, y que divisa mas allá de todas sus obras, huyendo, á medida que él lo persigue, á profundidades infinitas. El ejemplo hablará aquí mejor que la definicion. Un grande artista ha concluido su obra. La obra maestra aparece en toda su belleza, tal como acaba de salir de la superioridad de su arte; y la multitud encantada delante de esta creacion, exclama : « Es el ideal. » Pero hay allí un hombre que mira tambien la obra maestra tan admirada; al contemplarla, la quiere como á un hijo glorioso de su talento, y en el éxtasis de la admiracion popular suspira : su frente denota que está pensativo; y buscando mas allá de su obra maestra alguna cosa que vislumbra de léjos, dice, al mismo tiempo que echa sobre su obra una mirada llena de tristeza : « No es ella. » Esa cosa, invisible, impalpable y perfecta, cuyo reflejo le viene de lo alto, es el ideal que le atrae hácia la perfeccion absoluta, hácia lo infinito, hácia Dios, porque es él mismo Dios. Y ese vuelo del alma hácia el ideal es en el hombre el mayor resorte

del poder. El animal que no tiene razon, no ha visto el ideal, es incapaz de Progreso, y vive y muere, encerrado entre lo pasado y lo futuro, en la infranqueable prision de la realidad presente : pero el hombre que ha visto el ideal, no puede sufrir los limites; colocado en las mas altas cumbres, quiere subir todavía; como el águila, extiende sus alas para volar hácia el sol, cuya vista le fascina y le atrae; echando siempre atras las barreras que se le presentan y detienen, y quitando con la perseverancia de sus esfuerzos los limites de lo posible, marcha bajo el impulso de Dios hácia creaciones mas brillantes, y, si me es permitido decirlo, hácia obras humanas de dia en dia mas divinas. Esto es lo que hace á los artistas ilustres, á los poetas inmortales, á los oradores enérgicos, á las santidades heróicas, y en una palabra, al hombre grande en todo órden de cosas; al hombre, que ha visto el ideal y que ha dicho al contemplar su obra : « Yo puedo hacer mejor, yo subiré mas alto; yo he visto mi ideal, yo quiero ir hácia él; y si llegar á él me es imposible, conozco que puedo siempre acercarme mas y mas. »

Y así es como en este movimiento que le lleva hácia su ideal, halla el hombre otro secreto de poder y de energía, quiero decir, la esperanza. ¿Qué cosa hay en la humanidad que sea mas poderosa que la esperanza? La esperanza no es solamente un embeleso para el hombre, es tambien una fuerza. Sin la esperanza el hombre cae, con todas sus facultades, aplastado sobre sí mismo, en una impotencia y esterilidad supremas. Para quitarle todos los resortes, no hay mas que quitarle toda esperanza; y para hacerle impotente, basta decirle : « Tú no puedes. » Quien nada espera, nada puede en realidad. Para emprender algo, es preciso esperar algo; y el que quiere hacer mucho, debe esperar todavía mas. La esperanza da la persuasion del poder; y la persuasion del poder es el mismo poder : *possunt, quia posse videntur*. Cuando el hombre que ha dicho : « Yo he visto, » ha podido decir : « Yo puedo, » efectivamente puede; él está armado para la conquista, no tiene mas que levantarse, y decir levantándose la palabra del conquistador : « ¡Marchemos! »

Y esto es lo que acaba de mostraros en el movimiento del Progreso el mas grande poder del hombre; y es porque en este movimiento hay la fuerza atractiva de la conquista. Lo que puede un hombre, lo que

puede un pueblo, marchando con una valiente resolución bajo el imperio de esta idea, con los ojos abiertos para medir su conquista, y los brazos extendidos para apoderarse de ella, lo han hecho ver al mundo, no solo hombres, sino también imperios famosos. Ahora bien, habiéndose hecho universal el movimiento hacia el Progreso, ya no es un hombre solamente, es la humanidad entera la que está armada para la conquista; la humanidad, que persiguiendo en su carrera alguna cosa que divisa delante de ella, dice al arrojarse para cogerla: « Adelante siempre; » la humanidad, que aun mejor que Alejandro, no quiere detenerse, y no dice jamás: « Basta, » porque oye una voz de Dios que le grita del fondo de todas sus facultades: « Adelante, adelante todavía, todavía más lejos y todavía más alto; todavía más lejos en la conquista, todavía más alto en la perfección; marcha de progreso en progreso hasta la terminación de tu grandeza final. »

Tal es el movimiento del Progreso considerado en su poder: es el vuelo hacia el ideal, es la energía de la esperanza, es la atracción de la conquista; es toda la fuerza humana, todo el movimiento de nuestra vida; es la vida misma, no la vida estacionaria, inmóvil, inerte; sino la vida que marcha, la vida que obra, la vida que despliega sus alas y tiende todos sus resortes, para llevarse las grandezas ó las ruinas, conforme siga ó no siga sus legítimas sendas.

Hé aquí el poder incomparable que tiene la humanidad arrojándose hacia el Progreso. ¿Y podéis vosotros ignorar, que todo poder, cuando se separa de la vía, produce una ruina igual al mismo poder? Los grandes desastres no son más que el abuso de las grandes fuerzas. Y por lo mismo podéis comprender los peligros que amenazarían á la humanidad entera, si este poder llegara á extraviarse; y por consiguiente la necesidad de una regla segura al movimiento que arrastra al hombre hacia el progreso, y de una solución completa á los grandes problemas que este presenta al espíritu humano.

Esta solución importa tanto más darla, cuanto el progreso, además del poder de que acabo de hablaros, contiene en sí mismo una *seducción* capaz de corromperlo todo y perderlo. Sea la que fuere la causa verdadera, la seducción reside en el fondo de esta palabra. Ella tiene todos los privilegios, pero tiene al mismo tiempo todos los peligros de las palabras fascinadoras: el prestigio de lo desconocido, los encantos

de lo venidero, y una correspondencia simpática á los instintos más elevados de la naturaleza humana; triple motivo de la fascinación que ejerce sobre las almas.

Por más esfuerzos que hagais para precisar, definir y determinar el Progreso, lleva este en sí mismo y á pesar vuestro no sé qué seducción de lo desconocido. Al oír esta palabra mágica, cada cual sospecha todo lo que quiere, y descubre todo lo que imagina. Tácito dijo esta bella expresión: « Lo desconocido se reputa magnífico. » *Omne ignotum, pro magnifico est.* Y ved aquí en primer lugar lo que hace la grande seducción del Progreso: el prestigio de *lo desconocido*. Esta fué la primera y la más desastrosa tentación de la humanidad. Grande era el hombre en el paraíso terrenal; pero en aquella su actual perfección llevaba el instinto sublime y todo divino, que le empujaba hacia aquel Dios de quien él era imagen. Pero aquel instinto de grandeza tuvo Satanás la habilidad de hacerlo servir á la ruina del hombre. « Dios sabe, dijo él, que el día en que comiereis de ese fruto que él os ha prohibido tocar, se abrirán vuestros ojos, y seréis como Dioses, sabiendo el bien y el mal: » *Aperientur oculi vestri, et eritis sicut Dii, scientes bonum et malum*¹.

Ya lo veis: un progreso divino se ha mostrado al hombre por la astucia de Satanás, y para seducirle más se le ha mostrado rodeándole del prestigio de lo desconocido. Vuestros ojos se abrirán, y cual otros Dioses descubriréis horizontes que se ocultan á vuestra ignorancia humana; y en aquella revelación que se os hará, penetraréis con una sola mirada todos los misterios del bien y todos los misterios del mal. Hé aquí el progreso que les es prometido: siendo hombres como sois, seréis como Dioses, y subiréis hasta la misma divinidad. Pero, ¿qué será ese hombre, cuando llegue á ser como Dios? Esto queda desconocido. Vosotros conoceréis el bien y el mal: pero, ¿qué es ese bien y ese mal, cuyos misterios sus ojos han de penetrar? Desconocido también. Así pues, por todas partes no hay más que lo vago, lo indeterminado, lo desconocido.

Para entrever este desconocido que tiene tanta fuerza sobre la imaginación que lo sueña, la curiosidad humana, personificada en la mujer, ha levantado los ojos: ella ha fijado la vista sobre ese fruto,

¹ Gen., III, 5.